

ESQUEMA GENERACIONAL  
DE LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS  
(ENSAYO DE UN METODO)

(*Conclusión*)

XVIII

LA GENERACION DE 1954

Con la Generación de 1954 entramos de lleno al momento presente. Y nos hallamos ante una generación de rostro tan claro y actitud tan resuelta que apenas arribada ha comenzado a recibir nombres en todo el continente. En México, por una antología donde se dio a conocer un grupo de poetas jóvenes, se le ha llamado la Generación de la Espiga Amotinada. En la Argentina, para subrayar la oposición a la generación anterior, la de los Parricidas. En Chile, aproximando la fecha en que aparece a un hito fácilmente recordable, la Generación del 50 o del Medio Siglo. Y en Cuba, más que llevar un nombre, es la que ha hecho la Revolución Cubana. Ahora bien, tras la variedad de esas y otras designaciones resalta un denominador común: quienes la forman nacen a partir de 1924, cobran conciencia como generación hacia 1954 y en ellos predomina un espíritu abiertamente reformista.

Y son reformistas porque hemos entrado, en América y en el mundo entero, en una acelerada etapa de transformación. La situación actual se asemeja a la que vivió la Generación de 1504: de una parte, la Edad Media que terminaba; de la otra, el Renacimiento que surgía. En algo parecido andamos. El orden político que emergió en Europa a raíz de las revoluciones de fines del siglo XVIII comenzó a resquebrajarse con la Primera Guerra Mundial, siguió

desmoronándose con los desaciertos de la posguerra y se ha derrumbado con motivo de la Segunda Guerra Mundial. Porque lo que es ganar ganar, nadie ganó esa guerra: unos más, otros menos, todos la perdieron. Y con esa general derrota se ha desgonzado el antiguo sistema de relaciones impuesto por Occidente al resto del universo.

Señal evidente de ese desgonzamiento es la progresiva liquidación del colonialismo. Para fijar la cronología del proceso mencionemos algunos hitos. En 1954 Francia pierde la batalla de Dien-Bien-Fu; lo que allí se hiere de muerte es el imperio francés en Asia. En ese mismo año comienza la rebelión de Argel; pese a la crueldad con que se trató de sofocarla, también el pueblo argelino ha ganado su independencia. Siguiendo la misma trayectoria, en el breve espacio que media entre 1954 y el momento actual se han transformado en naciones libres casi todas las antiguas colonias occidentales en Asia, Africa y América. Y el proceso está llegando velozmente a las pocas que aún quedan por independizarse.

Relacionados con ese proceso o paralelos a él ocurren otros acontecimientos que influyen poderosamente en el nuevo espíritu de los tiempos. En 1954 la Corte Suprema de los Estados Unidos declara ilegal la segregación de razas en las escuelas públicas; desde ese momento se intensifica en dicho país la lucha de la población negra por hacer valer sus preteridos derechos. En 1955 se efectúa la Conferencia de Bandung, en la cual los pueblos afroasiáticos — más de la mitad del género humano — conjuntamente declaran su doble rechazo del colonialismo y del racismo. En 1956 Nasser nacionaliza el Canal de Suez; como consecuencia Inglaterra, Francia e Israel atacan a Egipto, pero en cuestión de días se retiran obligadas por la opinión mundial expresada en la asamblea de las Naciones Unidas. En ese mismo año de 1956 llega a Cuba la expedición del Gramma y comienza la Revolución Cubana. El apasionamiento que ha despertado su posterior trayectoria no impide que hoy se esté de acuerdo en que ese movimiento ha tenido ya un decisivo efecto en el clima político y en las relaciones económicas de los países

de este continente. Y en 1958 asciende al trono pontificio Juan XXIII. Verdadero pastor de pueblos, se preocupó por el destino de la humanidad entera. Y en sus encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in terris* alentó, con piadoso espíritu cristiano, el ansia de paz y de justicia social que hoy anima a todos los hombres de buena voluntad. Lo que ocurre es, pues, que por diversos senderos se está llegando, igual que en la época renacentista, a una imagen nueva del hombre y a un concepto más amplio de su dignidad.

Otra serie de acontecimientos comienza a partir de 1954. Debido al extraordinario progreso de la tecnología — progreso, otra vez, de raíz renacentista — se perfeccionan la bomba de hidrógeno y los medios de hacerla llegar al campo opuesto. E igualados los contrincantes en el poder de mutuo exterminio, desde entonces ha entrado la Guerra Fría en una nueva fase. En ella las actividades exclusivamente militares ceden la primacía a las económicas, políticas y sociales; el teatro de esas actividades se extiende de Europa y Norteamérica a los países subdesarrollados, y muchos de esos países, que antes resultaban simples peones en el tablero internacional, cobran capital importancia en los complejos movimientos a que obliga la nueva situación. De ahí, a veces, las retiradas forzadas de algunas naciones para cubrir a tiempo sus malas jugadas. Pero otras veces, corriendo pavorosos riesgos, han estado al borde de reducir tablero, piezas y jugadores a cenizas radioactivas. Todo lo cual explica las contrarias corrientes que elevan y deprimen al hombre contemporáneo: la que trae la promesa de una vida mejor y la que amenaza con el violento aniquilamiento del género humano.

Estas circunstancias, presionando por todas partes, imprimen un tono y un sentido nuevos a lo que piensa y escribe la Generación de 1954. Instalada en un mundo de reducidas distancias, es en conjunto muy universalista en la visión y a la vez muy nacionalista en la raíz. Amenazada por el peligro de una conflagración nuclear, tiende a reemplazar la angustia metafísica por la postura colérica. Solidarizada con el destino del hombre contemporáneo, quiere que sus obras sean testimonio de su tiempo y para su tiempo. Y

convencida de que un pasado en quiebra no sirve para resolver las cuestiones del presente, ni acepta vivir de valores heredados ni quiere escribir apegándose a estéticas anquilosadas. Desdeña, por consiguiente, la literatura de melindres y regodeo, y busca la palabra esencial, el lenguaje directo, el apego a las cosas inmediatas: el pan vuelve a ser pan y el vino vino, pero un vino de zumos amargos y un pan amasado con ira. Escribe, pues, de cara a la realidad. Y como la iracundia está en todas partes — en el espíritu y en la palabra — en general predomina la frase dura, el verso agrio, el cuento y la novela neorrealistas, el ensayo denunciador y severo, y aparece en escena el teatro del absurdo.

La extrema proximidad, con la consiguiente falta de perspectiva, nos hace sentirnos envueltos por un mar de nombres. Son numerosos los artículos que registran el constante ingreso de escritores jóvenes en la vida literaria de nuestros países. Abundan las antologías nacionales en que se oyen, haciendo esfuerzos por imponerse, muchas de las voces acabadas de ingresar. Y casi a diario nos llegan, desde todas partes de América, libros recién publicados que auguran a esta generación una abundancia de autores y un caudal de obras acaso no igualados anteriormente. Ahora bien, mientras el tiempo — el más exigente de los críticos — hace su silenciosa tarea de selección, hemos de contentarnos aquí con registrar unos pocos nombres y unos pocos signos: apenas los indispensables para proceder al deslinde de esta generación.

Para verla formar filas señalemos, como si entrasen por escuadras, a algunos de los que están adquiriendo renombre continental. En la primera escuadra llegan Jaime García Terrés (México), Jacobo Langsner (Uruguay), Sergio Magaña (México) y Jorge Vocos (Argentina): son de los nacidos en 1924. Llegan luego Emilio Carballido (México), Ernesto Cardenal (Nicaragua), Rosario Castellanos (México), José Donoso (Chile), José Durand (Perú), Ida Gramcko (Venezuela), Dora Isella Rusell (Uruguay), Jaime Sabines y Luis Spota (México) de los nacidos en 1925. Entran a continuación Rafaela Chacón Nardi (Cuba), José Luis González (Puerto Rico), Guillermo Morón (Venezuela) y Se-

bastián Salazar Bondy (Perú) de los de 1926. Silvia Herrera (Uruguay) y Enrique Lafourcade (Chile) son de 1927. Luis Alberto Heiremans (Chile), Luisa Josefina Hernández (México) e Idea Vilariño (Uruguay) son de 1928. Enmanuel Carballo (México), Osvaldo Dragún (Argentina), Carlos Fuentes (México) y José Manuel Vergara (Chile) llegan con los de 1929. Y andando aún a mayor prisa, del 30 son Roberto Fernández Retamar (Cuba) y María Elena Walsh (Argentina), del 31 Marco Antonio Montes de Oca (México) y Jorge Onetti (Argentina), del 32 el mexicano Juan Bañuelos ... ¿Y a qué seguir? Los que he dejado ya sin mencionar y los que siguen incorporándose son tantos, y todos con la promesa vibrando en la voz, que es fuerza detenernos. Pasemos, pues, a señalar algunos signos.

En la nómina precedente — y en cualquier otra, ya sea por géneros o ya por países — se nota en seguida el extraordinario aporte femenino. Y no aisladamente, como en la época colonial, ni en coro aparte, como a principios de este siglo, sino integrando plenamente las voces con las de sus compañeros. Innecesario agregar que este acontecimiento extiende de modo muy considerable el registro de tonos de esta generación.

Otro signo es el predominio de universitarios entre los que ahora cultivan las letras. Han quedado muy alejados los tiempos de los bohemios desmelenados y de los diletantes pintorescos. Muchos de los escritores de ahora se han educado en buenos colegios, han viajado al extranjero y conocen bien más de una literatura. A menudo ocupan posiciones de responsabilidad en empresas particulares y agencias gubernamentales, en profesiones especializadas y en centros docentes. Su actitud general hacia el medio contrasta, por consiguiente, con la de otras generaciones cercanas. Los románticos, por ejemplo, agobiados por sus circunstancias, con frecuencia buscaron evadirse por la puerta del suicidio; los modernistas, hastiados e incomprensidos, trataron de refugiarse en sus torres de marfil; los vanguardistas, cansados de inútiles escarceos, han acabado escudándose tras la ironía, el cinismo o el desdén. Pero los reformistas ni se evaden, ni se refugian,

ni se escudan: se enfrentan a la realidad y se empeñan en entenderla y modificarla. Y de ahí los vientos de renovación que hoy soplan, en la vida y en las letras, de un extremo al otro de nuestra América.

En poesía esos vientos renovadores han barrido, entre otras cosas, con los versos neblinosos y la retórica almidonada. ¿Estaremos volviendo, como en el Renacimiento, a lo esencial y cristalino del verso garcilasiano? Por dondequiera noto la fuga del adjetivo intrascendente y encuentro, en contraste, la reiterada presencia de sustantivos radicales — semilla, tierra, raíz, hombre, vida, amor, muerte — adensando un lenguaje cotidiano pleno de profundo sentido. Buen ejemplo: el reciente libro del cubano Fernández Retamar *Con las mismas manos*. De allí cito estos brevísimos versos:

Muchas son las palabras  
del idioma:  
palabras grandes  
como animales, raras  
a veces, y otras  
pequeñas  
y obscuras,  
hechas de piedra  
y noche.  
Pero no son  
muchas  
las palabras  
que necesitamos  
para decir las cosas  
sin las cuales  
no podríamos  
vivir.  
Para pedir un vaso  
de agua,  
para llamar  
a la madre,  
para amar.

La tendencia aquí ejemplarizada no es, desde luego, la única. Hay corrientes y contracorrientes. Siempre las ha habido. Y querer seguirlas todas, en una generación que apenas ha iniciado su gestión, sería exponernos a perder el rumbo. Baste, en el caso de esta tendencia, haberla puntua-

lizado en la obra de un poeta que, si no llegase a ser luego uno de los más representativos, es sin duda uno de los mejores.

En la novela y el cuento se advierte, a más de la ya mencionada corriente neorrealista, otro signo diferenciador: ahora predominan los ambientes urbanos sobre los rurales. En esa marcha del campo a la ciudad se abandona el costumbrismo heredado de los románticos y se entra, sin aquella pesada impedimenta, en zonas de mayor consecuencia para analizar la crisis contemporánea. Así lo hace, pongamos por caso, el mexicano Carlos Fuentes. Para Fuentes la extensión y el enfoque del relato son, hasta cierto punto, lo de menos. En *La región más transparente* logra una visión panorámica, caótica, con dejos de Joyce y de Huxley, de la sociedad de la capital. En *Las buenas conciencias*, reduciendo los límites, acercándose a Galdós y a Balzac, pinta el cuadro de una familia pudiente en un ciudad de provincia. Y en *La muerte de Artemio Cruz*, mediante el hábil manejo del monólogo interior y de constantes desplazamientos al pasado, centra el enfoque en la vida de un revolucionario enriquecido. Lo que en el fondo importa, trátase de un panorama, un cuadro o un retrato, es que Fuentes maneja admirablemente sus instrumentos expresivos, y que con honradez, con fidelidad, con firmeza, deja el testimonio de lo que sus pupilas contemplan: "... la codicia sancionada ... la conciencia adormecida ... una retórica podrida ... un egoísmo ramplón ...".

En el ensayo pudieran servir de grupo caracterizador los jóvenes que se congregan en Buenos Aires en torno a las revistas *Contorno* y *Ciudad*: David e Ismael Viñas, Rodolfo A. Borello, León Rozitchner, etc. Son los mentados 'parricidas'. Y su parricidio consiste en que, después de haberse topado con la Argentina que Perón puso al descubierto, no se contentan ya con querer renovar la técnica literaria, sino que quisieran renovar también las ideas económicas y sociales que informan la cultura rioplatense. Tienen que enfrentarse, pues, con su propia realidad. Y como para esa labor no les sirven las soluciones de los ensayistas de la generación anterior, se dan a enjuiciarlos con dureza. Mas no por malsano deleite, sino para evitar caídas donde ellos cayeron, para acertar

donde ellos acertaron y para emprender desde allí la tarea de hallar sus propias soluciones. Ahora bien, si este grupo argentino en cierto modo da la tónica, su labor no se ha extendido tanto como la del chileno Enrique Lafourcade, la del peruano Sebastián Salazar Bondy o la del venezolano Guillermo Morón. Además, el ensayo es género de madurez y la generación apenas ha comenzado a hacer sus primeras armas. Lo mejor está aún por verse.

Y en teatro, ¿estaremos presenciando el inicio de un espléndido florecimiento? Los signos son propicios. El género dramático suele ser el que con mayor fidelidad refleja una época y también el que más depende del medio para su grandeza o su penuria. El momento actual ciertamente no es de penuria. En los principales centros teatrales hispanoamericanos hay que hablar hoy, más que de autores, de constelaciones de autores. En México, por ejemplo, tienen ya en su haber una notable producción Sergio Magaña, Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Jorge Ibargüengoitia (1928), y Héctor Mendoza (1932). Y saltándonos al otro extremo del continente, se destacan por su seria labor Fernando Josseau (1924), Egon Wolff (1926), Fernando Cuadra (1927), Sergio Vodonovic (1927), Luis Alberto Heiremans (1928) y Alejandro Sieveking (1935). ¿Calidad? Obras de estos autores han circulado por los escenarios de Hispanoamérica. Quienes no las hayan visto — no hay que olvidar que el teatro es para verse — podrán al menos leerlas. De las mexicanas léase, por ejemplo, *Medusa*, de Carballido; de las chilenas *Moscas sobre el mármol*, de Heiremans. Y no habrá duda de que estos jóvenes, sea cual sea la situación que analizan, observan con mirada ahondadora, escriben con pleno dominio de su oficio y expresan con animoso empeño la desesperanza y la promesa de un mundo en crisis.

Crisis. Tengo entendido que cuando un chino escribe esa palabra se vale de dos ideogramas: uno significa 'peligro' y el otro 'oportunidad'. Son, en verdad, los signos de nuestro tiempo. Y eso es lo que nos está diciendo a voces, en el teatro y en los demás géneros, la Generación de 1954.



## XIX

## CONCLUSION

Al iniciar este trabajo anuncié — desde el título mismo — que sería el ensayo de un método. Y eso ha sido: la aplicación de un método que empíricamente me ha llevado a descubrir un nuevo ordenamiento de las letras hispanoamericanas. No se trataba, por consiguiente, de inventar una serie de fechas arbitrarias ni de querer ponerle puertas al campo. Se trataba de ordenar la realidad de modo que se percibiesen clara y ajustadamente aspectos que quedaban borrosos o pasaban inadvertidos. Y creo que en las páginas precedentes se ha demostrado que el ordenamiento aquí propuesto resulta fecundo en atisbos, sugerencias y precisiones, que destaca la continuidad y coherencia del proceso, que señala las afinidades, las influencias y los rasgos originales de nuestras letras.

A ese método se le habían hecho críticas desfavorables. Adviértase, empero, que tales críticas iban dirigidas no tanto al método como a la inadecuada aplicación del método. Abundan los estudios llenos de supuestos teóricos que se quedan sin llevar esos supuestos a su lógica consecuencia determinando y comprobando la validez de la serie generacional. Existen numerosos artículos sobre hipotéticas generaciones cuyos contornos cronológicos quedan sin perfilar. Y se han propuesto esquemas a los cuales se les da explícito carácter provisional o en los que se comprimen y dilatan las generaciones como si fuesen cómodos acordeones. Lo que hasta ahora había faltado, por tanto, era la estricta fijación de la serie y su sistemática comprobación. Por eso los resultados fueron confusos y desalentadores. Y las objeciones merecidas.

Estas objeciones no tienen ya razón de ser. Y para aclarar las confusiones que todavía pudieran persistir, bastará con que se distinga entre lo que el método parece y lo que realmente es.

Parece, en primer lugar, un instrumento de crítica y no lo es. Es un procedimiento para ordenar, no para analizar y valorar. Una creación literaria no se explica *por* la generación sino *en* la generación. Con situar una obra dentro de un ordenamiento histórico no se apuntan sus méritos ni se señalan sus fallas. Se evita, eso sí, caer en conclusiones improcedentes. Se relaciona la obra con otras dentro de una corriente causal y adquiere un sentido que aisladamente no tiene. Este método, por consiguiente, no enjuicia. Sitúa, relaciona y enriquece.

Parece una numerología que mágicamente obliga y no lo es. Las generaciones, como las estrellas, inclinan pero no obligan. La generación es una realidad compleja, en la cual hay tendencias predominantes y también corrientes sumergidas y opuestas. Una misma generación se despliega en direcciones diversas, pero sin dejar de ser una generación. Y un autor no pierde su individualidad porque marche por el ámbito de la historia en compañía de sus coetáneos y tenga cierta semejanza interna con todos ellos.

Parece un sistema inflexible y no lo es. En más de una ocasión se ha visto que los nacidos hacia el límite entre dos generaciones se han cruzado, por su lento o rápido andar, de una a otra. En tales casos el buen juicio del crítico se impone sobre el rigor de la fórmula. Y se ha visto también que cuando una generación entra en su etapa de liquidación, los más alertas entre los que sobreviven se adaptan y en parte aceptan la visión estética que impone con su arribo la nueva generación. Andrés Bello, por ejemplo, aunque perteneció a una generación neoclásica, después de 1834 compuso poemas influidos por el romanticismo triunfante.

Parece la negación de otros ordenamientos cronológicos y no lo es. Lo que sí hace es conferirles mayor exactitud. De esos ordenamientos, los que se han usado con mayor frecuencia son el dinástico (por reinados), el secular (por siglos) y el epocal (por períodos literarios). Veamos, en cada caso, la manera en que el generacional los asimila, los modifica o los supera.

En el ordenamiento dinástico, el reinado tiende a coincidir con la etapa de gestión de una generación. La causa es bien sencilla. Los monarcas, en cuanto individuos, no se escapan de la compleja realidad vital en donde se enraízan las generaciones: ellos, también, son parte de su generación. Tal fue el caso — afortunado para nosotros por su extraordinaria exactitud — de Isabel la Católica. Ahora bien, en otros casos las fechas no corresponden de modo tan exacto. Un monarca puede comenzar a gobernar, por razones fortuitas, a destiempo con su generación, y su reinado puede durar, por razones igualmente fortuitas, pocos o muchos años. Entonces los límites se enturbian y el esquema se deshace. Los reinados no sirven, pues, de medida historiográfica con un valor constante.

El ordenamiento por siglos, en manos de críticos perspicaces, suele terminar en el estudio de tres generaciones contiguas. La diferencia de diez años entre el siglo y los noventa que duran éstas trae por consecuencia que los límites queden desajustados. Caso de evidente desajuste, a pesar de su magno esfuerzo definidor, es el de Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Habiendo dividido la época colonial en siglos, tomó el año 1800 como punto de partida para la serie generacional de los siglos siguientes. Eso lo llevó a comenzar la Generación Romántica en 1830, cuando la fecha inicial, como se ha visto, fue 1834. Y a situar a José Martí, como modernista, en la generación que según su cuenta florece de 1890 a 1920, cuando en realidad la etapa de mayor creación de Martí cae de lleno entre 1879 y 1894. Por tanto, mayor precisión.

El epocal ha sido, de los ordenamientos mencionados, el que más se ajusta al estudio del proceso literario. “Un período”, explica René Wellek, “no es una entidad metafísica ni una sección transversal arbitraria, sino una porción de tiempo dominada por un sistema de normas literarias cuya introducción, difusión, diversificación, integración y

desaparición pueden señalarse”<sup>58</sup>. De acuerdo. Lo que precisamente sucede es que los agentes que inician, imponen y a la larga desechan esas normas literarias son las generaciones. En la aplicación del método a las letras hispanoamericanas se ha visto, por ejemplo, que el período neoclásico duró dos generaciones y el barroco cuatro; es decir, que el término de duración varía en estos casos de sesenta a ciento veinte años. Los períodos, por tanto, son zonas de impar duración. Y su unidad historiográfica interna — ésta siempre con un valor constante — es la generación<sup>59</sup>.

Hay, por otra parte, los que confunden una generación biológica con una generación histórica. Wellek resume la cuestión en estos términos:

Otra explicación [del cambio de las convenciones literarias] atiende a la aparición de una nueva generación ... Pero cabe objetar que, tomada como entidad biológica, la generación no brinda solución alguna. Si postulamos tres generaciones en un siglo, v. gr., 1800-1833, 1834-1869, 1870-1900, tendremos que admitir que hay igualmente la serie 1801-1834, 1835-1870, 1871-1901, etc., etc. Consideradas biológicamente estas series son completamente iguales; y el hecho de que un grupo de personas nacidas hacia 1800 haya influido en el cambio literario más profundamente que otro grupo nacido alrededor de 1815 ha de atribuirse a causas distintas de las puramente biológicas<sup>60</sup>.

Hemos visto que la generación, como medida historiográfica, denota un sistema de vigencias que excede la trayectoria biológica de un individuo. No se trata del año cualquiera en que un hombre nace, sino de la zona de fechas que enmarca la etapa de vida histórica en la cual ese hombre ingresa. Precisamente esa confusión entre lo biológico y lo histórico es lo que ha dado lugar a la abundancia — y la arbitrariedad — de las diversas fechas generacionales que se han

---

<sup>58</sup> RENÉ WELLEK, *Periods and Movements in Literary History*, en *English Institute Annual 1940*, New York, 1941, pág. 89.

<sup>59</sup> De nuevo veo confirmado mi punto de vista por Alfred N. Whitehead. Comenta el filósofo inglés: “Los climas generales de opinión persisten por períodos de unas dos o tres generaciones, es decir, por períodos de sesenta a cien años” (*Science and the Modern World*, Cambridge, 1933, pág. 21).

<sup>60</sup> RENÉ WELLEK y AUSTIN WARREN, *Teoría literaria*, Madrid, 1953, págs. 468-469.

venido proponiendo. Y de ahí también que haya resultado tan difícil desembrollar el revuelto ovillo de fechas hasta dar con la serie que de veras se ajustara a la realidad de nuestro proceso histórico.

Y por último, hay quienes, evitando toda cuestión teórica, desconfían del método sencillamente porque su regularidad les parece demasiado exacta para ser verdadera. No sé de ningún químico que haya rechazado la tabla periódica de Mendeleev por su regularidad. Ni de nadie que niegue la regularidad con que giran los astros dándonos los días y las estaciones. De todos modos, piensen los desconfiados en una de esas películas en las cuales se saca una exposición cada treinta minutos y luego, al pasarlas rápidamente, se ve en poco tiempo el nacimiento de una mariposa o la apertura de una flor. En tal caso, lo que aquí he puesto en sus manos equivaldría a una serie de exposiciones sacadas pragmáticamente cada treinta años. Y pregúntense, también pragmáticamente, si así les ha quedado una idea más clara del proceso de nuestras letras.

Porque, a fin de cuentas, el propósito de este ensayo no ha sido únicamente demostrar la validez de una teoría; ha sido también comprobar la utilidad de su aplicación. Un cuadro general como el presente, por esquemático que sea, sirve para iniciar una exploración más metódica de nuestro pasado. Sirve para mirarlo, ante todo, no como un amontonamiento de episodios, sino como un ordenado proceso que tiene una trayectoria, una dirección y un sentido. Sirve para relacionar a las letras con las artes, las corrientes ideológicas y las circunstancias históricas de cada etapa y lograr que, iluminándose unas a otras, resulte más rico y matizado el panorama consiguiente. Sirve para estudiar con precisión tanto la llegada de corrientes innovadoras como la manera en que se reacciona ante ellas y se las adapta a nuestro modo de vida. Y sirve, en fin, para que al descubrir y asimilar lo que progresivamente hemos sido, logremos conocer a fondo lo que realmente somos.

JOSÉ JUAN ARROM.

Yale University.